

Gramsci: en los juegos de una metáfora¹

Homero Rodolfo
Saltalamacchia

¹ Versión corregida de la ponencia: "Gramsci y el economismo"; presentada en el coloquio "Cultura y Poder"; UAM-I; julio, 1984.

La crisis del 29 fue la escena final de un drama que terminó con el alumbramiento de una nueva fase del capitalismo. A partir de entonces, la iniciativa político estatal pasó a primer plano y el economicismo no sólo fue un error sino una fuente constante de nuevos errores.

De hecho, aquel proceso de revitalización de la iniciativa estatal se había ido consolidando desde fines del siglo XIX, como respuesta a las nuevas dificultades que habían transformado las condiciones de la hegemonía burguesa en Europa. Y esto no era una novedad para los marxistas. Ya Engels había comenzado a percibir los síntomas de esa transformación y había pensado en sus posibles efectos sobre la estrategia revolucionaria.

La lucha y el éxito logrados por la clase obrera y, en particular, el creciente reconocimiento de sus derechos ciudadanos, creaban, en realidad, condiciones nuevas en relación a la primera época del marxismo. Esa comprobación —resumida en el siguiente párrafo— guía su pensamiento de los últimos años.

- La ironía de la historia lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los elementos "subversivos", prosperamos mucho más por medios legales que por los ilegales y con la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos (Engels, 1977, p. 122).

Tal como lo indica la exclamación engelsiana, la transformación revolucionaria participaba ahora en el mismo seno del estado: las elecciones eran el



lugar obligado, y posible, para una exitosa política revolucionaria.²

Como es sabido, la historia no acompañó el optimismo del viejo revolucionario. El crecimiento electoral indefinido que Engels esperaba pudo ser frenado por la respuesta burguesa (la guerra desempeñó un papel fundamental en esa política de freno y desprestigio de las corrientes socialistas).³ Sin embargo, el éxito burgués, y es todo lo que im-

² Tal como lo demostraba el vertiginoso crecimiento electoral del Partido Social Demócrata Alemán, que hacia 1914 había llegado a conquistar cerca del 35% del electorado.

³ Fue la opción entre el internacionalismo tradicionalmente sostenido por los partidos y la exitosa interpelación nacionalista de

porta en nuestro argumento, implicó cambios fundamentales tanto en la naturaleza del estado como en el tipo de relación que éste sostenía con la sociedad.

La necesidad de neutralizar el peligro que significaba la organización y la lucha obrera contribuyeron, entre otros factores, a desarrollar un mayor control del estado en el acontecer social. En esta forma, el capitalismo “organizado” puso de manifiesto —como no lo había hecho antes—, el carácter predominante de la *iniciativa política*.⁴ Esto mismo, es lo que nunca pudo comprender cabalmente el economicismo.

Gramsci, desde su puesto en la dirección del Partido Comunista de Italia, tomó paulatina conciencia de las consecuencias de aquel cambio en las perspectivas de la revolución europea; para él, el problema y su solución eran inminentemente políticos, se negó a entender al economicismo como a un simple desatino, como una comprensible equivocación de la mirada a la que era posible corregir mediante una serie más o menos rigurosa de advertencias puramente teóricas.

No es que Gramsci no pensase en la necesidad de una crítica exclusivamente teórica del economicismo. En ese sentido, por ejemplo, le urgía denunciar las rupturas insuficientes de los ideólogos socialistas con el paradigma liberal. Es preciso, decía:

los gobiernos europeos lo que llevó a la desorientación y posterior derrota de los poderosos partidos socialdemócratas.

⁴ En el marxismo, la discusión sobre la nueva fase del capitalismo comenzó hacia los años noventa. Pero la expresión “capitalismo organizado” pertenece a Hilferding. Para un análisis de la relación entre debate marxista y cambio en la fase del capitalismo ver: Marra-mao (1979); Adler (1980; prólogo); Altvater (1981); Teló (1981) y Salvadori (1980).

- saber si el economicismo, en su forma más acabada, no tenga una filiación directa con el liberalismo.

Mediante esa hipótesis, que mejor se puede entender como una denuncia, Gramsci descubría una sorprendente continuidad entre el marxismo economicista y el liberalismo; continuidad expresada básicamente en la comunión de dos axiomas:

- 1) separación entre economía y política; y
- 2) supuesto carácter autorregulado y autosuficiente de la primera en relación a la segunda.

La economía política clásica podía legítimamente proclamar su paternidad sobre ambos postulados. Pero Gramsci avanzó aún más, superando en esto a cualquier otro teórico de la III Internacional. Para él, *la supervivencia del economicismo era una expresión de subordinación ideológica: permanencia de la hegemonía burguesa en el pensamiento socialista*. Lo cual, según él, produce consecuencias trágicas; ya que, siendo el economicismo, en cualquier caso, un error teórico; no produce, de todas formas, las mismas consecuencias para el futuro político de las clases subordinadas que para el de las clases dominantes:

- El significado de esas dos tendencias es, sin embargo, muy diverso, el primero (se refiere al liberalismo: H.S.) es propio de un grupo social dominante y dirigente; el segundo, de un grupo todavía subalterno, que aún no ha conquistado conciencia de sus posibilidades, de sus fuerzas y modos de desarrollo y que no sabe salir de su fase de primitivismo. (Gramsci, *Q*, p. 1509).

Por eso, según Gramsci, la crítica, además de ser teórica, debía ser política. Debía tender a cons-

truir un marxismo capaz de comprender los cambios de la época.⁵

Sin embargo, la inercia de los paradigmas anteriores era una condicionante difícil de superar, de donde se comprende que la crítica gramsciana al economicismo no estuviese exenta de dudas e imprecisiones. Y es tal inconsecuencia lo que se pone, por ejemplo, de manifiesto en la conocida nota: *Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas*. Que por su popularidad merece ser comentada.

Como se recordará, en ese texto se distinguen tres grandes momentos en el análisis de una coyuntura. El primero, el de las "relaciones de fuerzas sociales" corresponde a la "estructura". Los dos restantes a la "superestructura".

Con esa distinción, la vieja tópica es retomada en el análisis gramsciano sin haber podido despojarla de su inevitable carga economicista. Es así como, al definir el "primer momento", Gramsci dice:

- Una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, *objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con la precisión de las ciencias exactas o físicas* (Gramsci, *Q*, p. 1583). (subrayado nuestro).

Como se ha dicho en varias ocasiones, el economicismo, en sus diferentes versiones, se caracteriza por privilegiar el concepto "fuerzas productivas" por sobre el de "relaciones de producción". Esquemáticamente, puede decirse que ese privilegio está fundado en una concepción tecnologicista de la evolución histórica; en la que la relación hombre/

⁵ Sobre la relación entre momento histórico y teoría en Gramsci, ver: Di Giovanni (1981-a) y (1981-b); Badaloni (1981).

naturaleza es pensada como fundante y relativamente independiente (condicionante no condicionado) de las formas que adquieren las relaciones de los hombres entre sí. En la primera relación, la sociedad es pensada como una totalidad cooperativa en la que, analíticamente, sólo importa la medida en la que se logran incrementar las capacidades humanas de producir riquezas. La contradicción social es contemplada en la segunda; pero el conflicto, en este ámbito, no puede sino desplegarse dentro de los carriles de posibilidad señalados por la primera.

De lo económico se predica su *objetividad* en tanto se lo asocia a “lo natural independiente de la voluntad de los hombres”.

Esta misma concepción tecnologicista de las fuerzas productivas es lo que parece permitirle a Gramsci atribuir carácter “objetivo” al primer nivel de las relaciones de fuerzas (medibles con la precisión de las ciencias físicas o exactas); al menos, es así como generalmente se lo ha interpretado. Y es por esta razón que, a juzgar por lo escrito en la mencionada nota, el anti-economicismo de Gramsci no se manifiesta como una *refutación* de la tópica sino como *una discusión en torno a las relaciones de determinación que aquella contiene*. Es en este sentido que se suele decir que Gramsci valorizó, junto a la determinación por lo económico, la importancia de la autonomía y eficacia propias de la superestructura.⁶ De ser así; ¿en qué medida se puede afirmar que la de Gramsci es una verdadera ruptura con el economicismo?

Si toda la innovación gramsciana se agotara en esos agregados, el dirigente político italiano habría incurrido al menos en un peligro: el de pensar a la

superestructura como el lugar en que únicamente *se agregan* características y desviaciones apenas secundarias a un proceso, de todas formas impulsado exclusivamente por las fuerzas productivas y que, por lo tanto, encuentra fuera de la política y de la lucha social el lugar auténtico de su explicación y resolución.

Lo malo es que, en este último caso, la calificación histórica que producirían los eventos superestructurales sólo sería una calificación de segundo grado, incapaz de alterar en definitiva (en “última instancia” como se suele decir sin demasiada claridad) la dirección señalada por las fuerzas productivas. Y por ende, la innovación gramsciana no sería tanto una verdadera crítica a *todo* el economicismo sino, simplemente, a una de sus versiones: la del determinismo fatalista a la manera de Plejanov; manteniéndose en cambio en el interior de un cierto *tipo de economicismo* que predominó en la tercera internacional y al que podría dársele el nombre de “economicismo voluntarista”, en la medida en que, sin criticar la tradicional concepción economicista sobre “lo económico”⁷ postulaba (con cierta inconsecuencia teórica) la capacidad de la voluntad política para provocar el cambio revolucionario “saltando etapas”. Lo grave es que, si eso es corroborado, la teorización gramsciana perdería su real importancia en el interior de la tradición marxista. ¿Es esa una conclusión necesaria?

Para contestar a esa pregunta es conveniente revisar, por un lado, algunas de las principales interpretaciones vigentes en relación al tema y, por el otro, releer algunos de los textos del pensador de

⁶ En esta interpretación coinciden Bobbio (1977); Portantiero (1980) y Texier (1977); por citar sólo algunos.

⁷ Que, como ya se dijera, se expresa en: 1. el privilegio del papel de las fuerzas productivas en la inteligencia de lo económico; y 2. en postular una relación de exterioridad de lo económico sobre lo superestructural.

origen sardo que puedan tener que ver con el tema. En ambos casos, de lo que se trata es de averiguar si existen o no alternativas en la consideración gramsciana de la sociedad.

En el año de 1967, Norberto Bobbio presentó una comunicación en el "Convengno Gramsciano de Cagliari" (Cerdeña)⁸ que llegó a convertirse en uno de los materiales más utilizados y controvertidos en las discusiones sobre la relación entre estructura y superestructura en Gramsci. Su título: *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*. Su tesis principal: en su singular concepción de la "sociedad civil" es donde radica la originalidad del pensamiento del autor sardo, tanto en relación con Marx como con Lenin.

El razonamiento de Bobbio partía de una erudita exposición sobre las variaciones históricas sufridas por los significados de los conceptos "estado" y "sociedad civil"; estudiando el tema desde los teóricos del "contrato social" hasta Hegel. Allí dice que, a diferencia de los teóricos del derecho natural, Hegel decidió llamar *sociedad civil* a la *sociedad pre-política*; usando así, en forma inversa, aquella expresión que, en sus predecesores, servía para denominar a la *sociedad política* = civilizada. Aunque es de hacer notar, agrega Bobbio, que ese carácter pre-político no daba a esa *sociedad civil* los trazos de un *orden natural*; esto es, no era aquello algo originalmente sano que debía ser liberado de las restricciones y deformaciones impuestas por las leyes positivas (tal como había sido sostenido desde Locke hasta los fisiócratas) sino, por el contrario, *era el reino de la disolución, de la miseria física y moral, que debe ser regulado, dominado, amulado en y por el orden superior del estado*.

⁸ Publicado en español en Pizzorno A. *et al.*, (1977). Las citas son de ese texto.

A diferencia de lo que ocurriría más tarde con Marx, sigue Bobbio, *ese concepto incluía en Hegel no sólo a las relaciones económicas sino también la administración de la justicia y al ordenamiento policial y corporativo*. Para Marx, en efecto, el concepto de *sociedad civil* únicamente abarca al *conjunto de lo no estatal*; momento de las relaciones económicas que origina el momento político y lo determina.

Según el politólogo italiano, en su concepto de *sociedad civil*, Gramsci había dejado de lado la conceptualización de Marx para adscribir, con algunos cambios, a la definición hegeliana de *sociedad civil*: concepto que, en Gramsci, se limita a designar una parte de la superestructura. Ese cambio es parte de la originalidad gramsciana. A esa originalidad se agrega otra, relativa a la consideración sobre cuál es "el momento activo" en la determinación de la evolución histórica.

Mientras que en Marx, en efecto, la dicotomía sociedad civil-estado se asimila a la dicotomía estructura-superestructura; siendo el primero el momento activo, en tanto que incluye el desarrollo de las "fuerzas productivas". Para Gramsci, por el contrario, *el momento activo es el de la "sociedad civil" en tanto es aquel en el que se concreta la iniciativa política*; esto es, la capacidad de los hombres de conformar la propia historia.

Según Bobbio, Gramsci confirmaría esa versión mediante las siguientes afirmaciones:

- Se puede emplear el término de "catarsis" para indicar el paso del momento activo económico (o egoístico-pasional) al momento político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura, en conciencia de los hombres. Esto implica el paso de lo objetivo

a lo subjetivo y *de la necesidad a la libertad* (p. 81) (subrayado nuestro).

Para Gramsci, continúa Bobbio, tanto el pasado como las relaciones sociales existentes constituyen las condiciones *objetivas*, cuyo reconocimiento es indispensable para los sujetos históricos; pero sólo en la medida en que ellos *parten* de aquellas condiciones *para transformarlas*.⁹ Así, una vez conocida

- . . . la estructura, de fuerza exterior que oprime al hombre, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas

Y concluye:

- Resumiendo esquemáticamente los pasos de un significado al otro de la antítesis estructura-superestructura, se pueden establecer estos aspectos: el momento ético-político, en cuanto momento de la libertad, entendida como conciencia de la *necesidad* (o sea de las condiciones materiales), domina al *económico* mediante el reconocimiento que el *sujeto activo* de la historia hace de la *objetividad*, reconocimiento que permite resolver las condiciones materiales en instrumentos de acción, y por tanto obtener el fin deseado (Bobbio, p. 82).

En la interpretación de Bobbio, la relación estructura = economía-superestructura = ideología y política simplemente replica a la dicotomía objetivo-subjetivo. Tal como lo sostuviera Berstein en su

⁹ Luego de haber construido una "voluntad colectiva".

momento, *lo económico* aparece, en efecto, como *lo objetivo* desde lo cual parte la acción; es lo que condiciona pero *lo que a su vez puede llegar a ser transformado por la acción ético-política*.

Esta versión supera indudablemente algunos de los límites del fatalismo, más no resuelve las siguientes preguntas: 1) ¿por qué la acción subjetiva no puede ser reconocida como parte de lo económico? y 2) ¿por qué lo *superestructural* no tendría un componente objetivo, en tanto objetivación de la actividad humana, tal como se reconoce la objetividad en el caso de la economía?

La contraparte exacta del planteo de Bobbio estuvo a cargo de Jacques Texier (1977). En un artículo titulado *Gramsci, teórico de la superestructura*, este autor se dedicó, a rebatir exhaustivamente las interpretaciones de Bobbio sobre la relación que Gramsci establece entre estructura y superestructura.¹⁰

En resumidas cuentas, Texier argumentaba que, en Gramsci, *no hay actividades superestructurales que no tengan un referente económico definido* (o, en todo caso, si éstas existen, no tienen verdadero significado histórico). Por eso es que, si bien el autor acuñó en su artículo frases en las que afirma que: la distinción estructura-superestructura le permitió a Gramsci captar "el nacimiento y desarrollo de las actividades históricas de la superestructura bajo ciertas condiciones infraestructurales" —frase que podría ser rubricada por Bobbio—, se dedicó a reafirmar polémicamente *que toda activi-*

¹⁰ Texier estaba demasiado preocupado por la posible imagen de un Gramsci que *no es aceptado como un fiel intérprete y heredero de Marx*; y tal es la conclusión que, según el crítico francés, se desprendería del artículo antes comentado. Este temor llevó a Texier a exagerar un tanto las afirmaciones que hace Bobbio sobre la discontinuidad entre Gramsci y Marx.

dad superestructural, para ser significativa, debe tener contenido estructural.

- La violación de esta exigencia conduce a desintegrar la unidad del proceso real de la historia, a separar de manera absurda el “contenido” de la “forma” en la dialéctica histórica. Las superestructuras carecerían del contenido económico social que les confiere “organicidad”, racionalidad histórica y eficacia (p. 14).

El artículo de Texier está lleno de pasajes interesantes y agudos. Pero este último no forma parte de ese conjunto, ¿qué significa que lo económico es *contenido* y lo superestructural *forma*?

Si bien Gramsci mismo ha empleado esta metáfora, la misma es totalmente inadecuada para referirse al tema que quiere iluminar. Cae en un materialismo vulgar para el cual *lo material* es únicamente lo *palpable*. Repitiendo una vez más la metafísica distinción entre cuerpo y espíritu. ¿Qué sería pues, en ese contexto, lo económico? Hacia el final del artículo la respuesta de Texier aparece más clara.

- El punto de partida es un conjunto de condiciones infraestructurales, determinadas por un cierto desarrollo de las fuerzas productivas. A esa situación estructural corresponde todo un conjunto de actividades superestructurales, mediante las cuales la clase en el poder mantiene el sistema económico. . . (p. 59).

En este párrafo, la ortodoxia economicista, que acostumbra a distinguir y dar primacía a *las fuerzas productivas*, aparece sin velos; es desde esa ortodo-

xia que Texier critica a Bobbio.¹¹ Si Bobbio enfatizó en el momento ético-político,¹² Texier por el contrario (aunque no siempre en forma consecuente) terminó enfatizando casi exclusivamente en el momento de la *necesidad económico-natural*.

El tercero en la disputa iniciada con motivo de la comunicación de Bobbio fue Hugges Portelli (1979); quién ocupó una posición intermedia entre los antagonistas previamente expuestos. Para Portelli, en efecto, el concepto *bloque histórico* anula la cuestión sobre cuál de los momentos (el infra o el supraestructural) es el determinante. En su libro afirma:

- . . . la relación entre esos dos momentos del bloque histórico es una relación dialéctica entre dos momentos igualmente determinantes. . . (p. 58).

Pero, si esta posición parece poner punto final a la discusión emprendida, deja en cambio en el aire una pregunta que, en el texto de Portelli, no llega a ser siquiera planteada: ¿para qué seguir usando, entonces, los conceptos “estructura-superestructura”?

Si, pese a sus grandes deficiencias, aquellos tenían como misión el alinearse polémicamente contra el idealismo, oponiendo una línea de determinacio-

¹¹ Ortodoxia que termina en gran medida ocultando su meritoria afirmación según la cual en cada estructuración histórica de las relaciones sociales se produce un tipo determinado de hombre, tanto un “homo economicus” como un “homo ethico-politicus”. Afirmación que puede ser integrada satisfactoriamente en un contexto menos economicista.

¹² *Concebido como aquel en el que una cierta voluntad colectiva puede apropiarse de las determinantes superestructurales y convertir a la necesidad en libertad.*

nes contrarias: ¿Para qué mantenerlos si se les quita justamente lo que tenían como misión subrayar?¹³

Uno de los elementos más notables de la polémica reseñada es la simétrica disparidad de las versiones presentadas. Se abre de esa manera un campo sumamente amplio a la investigación heurística; con la indudable ventaja de que en esa discusión pueden encontrarse casi todas las dificultades implicadas en el uso marxista de la metáfora edilicia. Es sobre esas dificultades que propongo seguir investigando. Para esto es ideal el comenzar refiriéndonos a otro de los textos famosos de los *Cuadernos de la Cárcel*: me refiero a “Americanismo y Fordismo”.

En una de las partes de ese texto dice su autor, refiriéndose a los textos de Trotski sobre vida cotidiana:

- . . . los nuevos métodos de trabajo son indisolubles de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida: no se pueden obtener éxitos en un campo sin obtener resultados tangibles en el otro. En América, la racionalización del trabajo y el prohibicionismo están indisolublemente unidos, las encuestas de los industriales sobre la vida íntima de los obreros, los servicios de inspección creados por algunas

¹³ Sin embargo, las críticas a Portelli no llegaron desde esa perspectiva. Bucí Glucksman, en su influyente libro sobre Gramsci afirma el punto de vista tradicional de la siguiente manera: “. . . según él, la preeminencia del todo, la unidad dialéctica entre infraestructura y superestructura permite eliminar (¡finalmente!) un famoso problema del marxismo, el de la determinación en última instancia por lo económico. (. . .) En esta óptica no hay más que un solo bloque histórico que engloba al conjunto de la sociedad, incluidas las clases subalternas. (. . .) Desde este punto de vista es inevitable privilegiar la cuestión de los intelectuales (en lugar de la del estado, por ejemplo) y por ahondar las diferencias entre Gramsci y Lenin” (1979, p. 74).

empresas para controlar la “moralidad” de los obreros, son necesidades de los nuevos métodos de trabajo. Quien subestime esas iniciativas “aun cuando fallasen” y viese en ellas sólo una manifestación hipócrita del “puritanismo”, se negaría toda posibilidad de entender la importancia, el significado y la *portada objetiva* del fenómeno americano; que es también el mayor esfuerzo colectivo verificado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia del fin, jamás vista en la historia, un nuevo tipo de trabajador y de hombre (Gramsci, *Q*, pp. 2,164-65).¹⁴

Si los “nuevos métodos de trabajo” son indisolubles de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida: ¿Para qué sirve una *conceptualización* que separa ambos grupos de fenómenos, como es el caso de la tópica en cuestión?

Esa presencia, en lo económico, de lo ideológico y de la acción subjetiva de los hombres (que legitima a la pregunta planteada) vuelve a ponerse de manifiesto en varios párrafos, como el que sigue, donde Gramsci dice:

- . . . la historia de la industria ha sido siempre (y hoy lo es en forma acentuada y rigurosa) una continua lucha contra la “animalidad” del hombre, un proceso ininterrumpido, a menudo doloroso y sangriento, de subyugamiento de los instintos (naturales, animalescos, primitivos) a siempre nuevas, más complejas y rígidas normas y hábitos de orden, de exactitud, de precisión que hacen posibles las formas siempre más complejas de la vida colectiva que son

¹⁴ Cf. también: *Q*, pp. 1321, 1473-76.

consecuencias necesarias del desarrollo del industrialismo (Gramsci, *Q*, pp. 2160-61).

Muchas veces se ha señalado, con justicia, que en las notas reunidas bajo el título "Americanismo y Fordismo" es donde Gramsci ha expresado en forma elocuente su rechazo al economicismo. Eso es tan cierto como que ese rechazo en ningún momento se vuelve contra el uso de la metáfora estructura-superestructura. Por eso, para reconocer efectivamente cuál es el verdadero alcance de la superación gramsciana del economicismo, implica saber cuál es el significado que este autor atribuye a tal metáfora. Lo que se tratará de averiguar a continuación.

Sería injusto afirmar que Gramsci no conoce cuáles son los límites de aquella imagen. Una demostración de tal percepción puede encontrarse en la manera en que encara la refutación al modo en que Croce entiende tal metáfora; refutación construida mediante una exposición en dos etapas.

Como primer paso de su refutación Gramsci retoma la afirmación de Croce sobre el tema: en la que este autor dice:

- . . . la filosofía de la praxis "separa" la estructura de la superestructura, remitiendo así en rigor al dualismo teológico o poniendo un Dios ignoto-estructura.

De esa interpretación del marxismo, Croce habría desprendido, según Gramsci, la conclusión según la cual, en el marxismo, *las superestructuras son mera apariencia*. El segundo paso de la refutación gramsciana se dirige justamente a impugnar esta idea. No es cierto, asegura Gramsci, que en el marxismo se piense en lo superestructural como

apariencia y en lo estructural como lo "real o "necesario".¹⁵

Sin embargo, cualquier lectura de los textos marxistas escritos en la época pondría de manifiesto que la de Croce no era una interpretación arbitraria del marxismo; por el contrario, es indudable que repetía la interpretación del marxismo más vulgarizada en la época. Es por ello que, independientemente del afán gramsciano por ocultar esa tendencia, es indiscutible que la crítica de Gramsci a Croce puede ser entendida como una crítica a todo aquel materialismo que el dirigente italiano llama "materialismo vulgar" y que había sido llevado a su culminación en el "determinismo catastrofista".¹⁶ Es contra toda esa versión que Gramsci afirma:

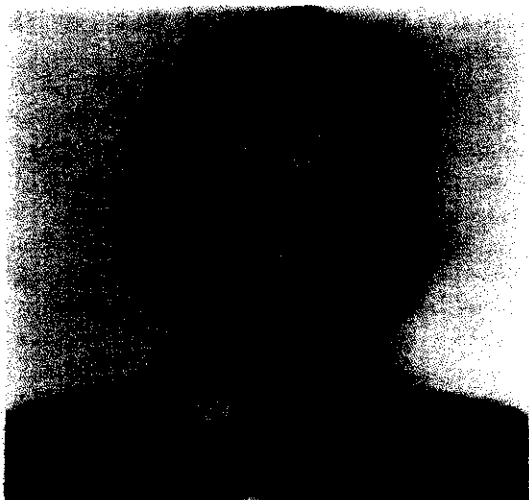
- No es verdad que la filosofía de la praxis "separe" a la estructura de la superestructura, cuando por el contrario concibe su desarrollo conectado y necesariamente interrelacionado y recíproco (Gramsci, *Q*, p. 1300).

Conexión e interrelación de lo estructural y de lo superestructural, que por otra parte es subrayada por Gramsci mediante el empleo del concepto "bloque histórico". En él, ambos términos tienen absoluta realidad y eficacia propias.

- Para la filosofía de la praxis las ideologías son todo lo contrario de arbitrarias; son hechos históricos reales que es necesario combatir y descubrir en su naturaleza de instrumento de dominio; no por razones éticas, etcétera, sino justamente por razones de lucha política: para

70. ¹⁵ En el mismo sentido: Gramsci, *Q*, pp. 1300, 1298-99, 1568-

¹⁶ Sobre este tipo de marxismo, cf. Colletti, 1975.



hacer intelectualmente independientes a los gobernados de los gobernantes; para destruir su hegemonía y crear otra; como momento necesario de la transformación de la praxis (Gramsci, *Q*, p. 1319).

¿Cuál es entonces la función que cumple la metáfora estructura-superestructura?

Para Gramsci, la metáfora de lo social como un edificio en el que pueden reconocerse los cimientos y una estructura sostenida por ellos, tiene un propósito de divulgación y lo mismo ocurre con aquella otra metáfora, también usada por Marx, según la cual lo económico es “el esqueleto de la sociedad civil”. Sobre ambas dice:

• . . . (de este hecho casi nunca se tiene la debida cuenta: que la filosofía de la praxis, proponiéndose reformar intelectual y moralmente estratos sociales culturalmente retrasados, re-

curre a metáforas muchas veces “groseras y violentas” en su popularidad). El estudio del origen lingüístico cultural de una metáfora para indicar un concepto o una relación recientemente descubierta puede ayudar mejor a comprender el concepto mismo; en cuanto él es reconducido al mundo cultural, históricamente determinado, del cual surgió, así como es útil para precisar los límites de la metáfora misma; esto es, para impedir que ella se materialice y mecanice. (Gramsci, *Q*, p. 1474) (subrayado nuestro)

Este enfoque¹⁷ permite a Gramsci superar lo estricto de la separación entre lo económico y lo no económico y, sobre todo, poner fin a una concepción unilateral de las relaciones de determinación señaladas por aquellas metáforas. Confirmando ese rechazo, Gramsci se pregunta:

• . . . ¿y la afirmación de las *Tesis sobre Feuerbach*: “el educador debe ser educado”, no coloca una relación necesaria en reacción activa del hombre sobre la estructura, afirmando la unidad del proceso real? (Gramsci, *Q*, p. 1300).

Hasta aquí, frente a las interpretaciones de Bobbio y Texier, pareciera tener razón Portelli. La lectura de la dicotomía que analizamos tiene como característica diferencial excluir toda relación asi-

¹⁷ En el que, como podrá notarse, Gramsci no incluyó la percepción de lo que a mi entender es una de las fuentes primordiales de esa metáfora; me refiero a la famosa “inversión” de la filosofía hegeliana hecha por el joven Marx siguiendo los pasos de Feuerbach. Para un análisis de la relación entre Feuerbach y Marx ver, entre otros, Rossi (1974) y Lichtheim (1964). En Saltalamacchia (1985), analicé con más detalle el origen de esa metáfora y las trampas a las que llevó al marxismo.

métrica de determinación entre sus componentes. Por el contrario, mediante el concepto de “bloque histórico” se afirma la interrelación indispensable entre ambas partes.

Reaparecería, en este caso, la necesidad de preguntar (como lo hiciera al exponer la propuesta portelliana) sobre la conveniencia de seguir utilizando, desde esta perspectiva, los significantes “estructura y superestructura”. Ya que *más allá de la funcionalidad que pudiesen haber tenido en su momento, están tan plenamente impregnados por la idea de una determinación asimétrica que difícilmente dejarán de provocar confusión si se los quiere usar en otro sentido*. Pero, antes de desarrollar semejante argumentación, vale la pena interrogar los textos escritos en la cárcel para determinar con mayor fidelidad cuál es el significado que comúnmente les daba Gramsci.

Como antes se dijera, la nota *Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas*, ha tendido a ser interpretada en los marcos de una concepción economista. Por ella se realza el concepto “fuerzas productivas”, definido como aquella capacidad creciente de apropiación de la naturaleza. Al mismo tiempo que las relaciones sociales son pensadas como la determinación de *lugares* en una cierta organización de la producción. Vale pues la pena abandonar esta nota, pese a su popularidad, y recorrer los riquísimos laberintos teóricos de *Los cuadernos de la cárcel* tratando de confirmar si es que hay otra versión sobre esos conceptos y cuál es la interpretación alternativa que fundamenta la originalidad de Gramsci en el pensamiento marxista de su época.

Y no por casualidad, el lugar en que esa originalidad gramsciana se pone especialmente de manifiesto es en aquellas notas en las que Gramsci se detiene a pensar el concepto de “objetividad”; con-

cepto que siempre ha ocupado un lugar estratégico en el pensamiento de cuño “materialista”. Veamos una de ellas:

● La cuestión de la “objetividad” del conocimiento, según la filosofía de la praxis, puede ser elaborada partiendo de la proposición (contenida en el *Prefacio a la “Crítica de la economía política”*) según la cual “los hombres se tornan conscientes (del conflicto con las fuerzas materiales de producción) en el terreno ideológico” de las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas. ¿Pero tal conciencia está limitada al conflicto entre fuerzas materiales de producción y las relaciones de producción (según la letra del texto) o se refiere a todo conocimiento consciente? Este es el punto que debe elaborarse y que puede serlo con todo el conjunto de la doctrina filosófica sobre el valor de las superestructuras. ¿Qué significará, en tal caso, el término “monismo”? No por cierto lo materialista ni lo idealista, sino *la identidad de los contrarios en el acto histórico concreto; esto es, actividad humana (historia-espíritu) en concreto, conectada indisolublemente a una cierta “materia” organizada (historizada) con la naturaleza transformada por el hombre*. Filosofía del acto (praxis, desarrollo) pero no del acto “puro”, más bien propio del acto “impuro”, real en el sentido profano y mundano de la palabra. (Gramsci, *Q*, p. 1822) (el subrayado es nuestro).

La lucha por interpretar-reelaborar el texto del *Prólogo* no es arbitraria si se considera hasta qué punto dicho texto llegó a convertirse en la llave de toda la interpretación de la teoría marxista.

Frente al dualismo materia-espíritu enfatizado en la metáfora marxista, Gramsci propone un “monismo” en el que ambos términos sean redefinidos. Tal es la conclusión al transcribir la cita; en cuanto a su interpretación de lo que es “la materia” (concepto clave en la metafísica economicista) vuelve a ser definida en los siguientes párrafos:

● Es evidente que en la filosofía de la praxis la “materia” no debe ser entendida con el significado que tiene en las ciencias naturales (física, química, mecánica, etcétera) (Y estos significados deben ser registrados y estudiados en su desarrollo histórico) ni con los significados que tienen en las diversas metafísicas materialistas. Las diversas propiedades físicas (químicas, mecánicas, etcétera) de la materia, que en su conjunto constituyen la materia misma (a menos que se recaiga en una concepción del noumeno kantiano) son consideradas, pero sólo en cuanto devienen “elemento económico” “productivo”. Por lo tanto *la materia no debe considerarse como tal, sino como social y económicamente organizada por la producción* (Gramsci, *Q*, p. 1442) (el subrayado es nuestro).

Si había algo, en el economicismo, que permitía atribuir un status particular a “lo económico”, lo era ese concepto metafísico de “lo material” que Gramsci se encargó de denunciar en la cita anterior. Al considerar a “lo material” ya no como una esencia (*noumeno kantiano*) sino como parte de las relaciones sociales, Gramsci rompe pues con todos los fundamentos economicistas de la relación de “lo económico” con “lo superestructural” Y esa ruptura es llevada por el teórico italiano a la

propia definición del concepto “fuerzas productivas”.

● Sociedades en las cuales el individuo puede participar: son numerosas, más de cuanto pueda parecer. Es a través de estas sociedades que el individuo forma parte del género humano. Así son múltiples los modos en los cuales el individuo entra en relación con la naturaleza, *puesto que por técnica debe entenderse no sólo aquel conjunto de nociones científicas aplicadas industrialmente como comúnmente se entiende, sino los instrumentos mentales, el conocimiento filosófico. (. . .) Es necesario elaborar una doctrina* en la cual todas estas relaciones estén activas y en movimiento, fijando bien claro que la sede de esta actividad es la conciencia del hombre individual que conoce, admira, crea, etcétera, y se concibe no aislado sino rico en posibilidades ofrecidas por los otros hombres y por la sociedad de las cosas (Gramsci, *Q*, pp. 1345-46) (el subrayado es nuestro).

Como quizás pueda captarse, en esta reunión de un juicio sobre lo complejo de las formaciones sociales y de otro sobre la diversidad de las formas en que ocurre la relación de los hombres con la naturaleza, Gramsci llega a la culminación crítica de su propia versión del marxismo: lo social y lo económico existen como realidades; pero sólo en tanto se reúnen y relajan desde cada una de las conciencias individuales; productos de la historia y agentes de ella. Es la actividad política, en la que se ponen en relación diferentes fuerzas sociales, la que lleva adelante el cambio social. Y las “fuerzas producti-



vas” (efectos del conocimiento humano) ocupan, en esas relaciones de fuerzas, un papel importante sólo en la medida en que, tanto ellas como la organización productiva en la que se integran, en tanto acumulaciones ya dadas en una coyuntura determinada, no pueden ser pensadas sino como verdaderos *recursos de poder* puestos en juego en esas relaciones. Esto es: indispensable privilegio de lo social en la consideración de las relaciones hombre-naturaleza.

Es desde esa versión que podrá comprenderse mejor la antes aludida originalidad gramsciana en cuanto a la definición de “lo objetivo” en la evaluación de una coyuntura y, por ende, en el análisis político de la misma. Eso es lo que puede corroborarse en la siguiente cita:

- Concepto y hecho de “mercado determinado”; esto es, revelación científica de que determinadas fuerzas decisivas y permanentes han aparecido históricamente, cuyo obrar se presenta tal vez con cierto “automatismo”, que consiente una cierta medida de predictibilidad y de certeza para el futuro de las iniciativas individuales que contribuyen con tales fuerzas luego de haberlas intuido o revelado científicamente.

“Mercado determinado” equivale por lo tanto a decir “determinadas relaciones de fuerzas sociales en una determinada estructura del aparato productivo”, relación de fuerzas garantizada (esto es, hecha permanente) por una determinada superestructura política, moral, jurídica (Gramsci, *Q*, p. 1477).

Trascendiendo las dificultades terminológicas que presenta el texto, se pueden extraer algunas conclusiones interesantes en relación a la búsqueda en la que nos encontramos.

En el determinismo, la reducción de la historia humana a un simple episodio de la historia natural, tiene como condición la supuesta posibilidad de conocer esa historia como un hecho objetivo, independiente de la voluntad de los hombres, casi podría decirse, independiente de los hombres mismos. Gramsci desborda ampliamente ese marco.

Según lo que se desprende de la nota recién leída, Gramsci acepta, en efecto, como criterio metodológico para el análisis coyuntural, el uso del concepto de “objetividad”. Lo que, en cambio, varía, en relación al economicismo, es el tipo de fuente analítica que respalda su atribución de objetividad. Lo objetivo no es el efecto de una confusión, o mayor proximidad, con “lo material” (que por otra parte no tiene, para Gramsci, esa sacramentalidad extrahumana que posee en el economicismo; y por lo tanto tampoco es un ente esencial; es decir, siempre diferente y siempre enfrentado a la subjetividad, condicionándola). Por el contrario, *lo objetivo de hoy* es siempre lo subjetivamente elaborado en épocas anteriores; o, lo que es lo mismo, *lo único objetivo son las acumulaciones económicas, culturales y políticas producidas en el acontecer anterior de ciertas relaciones de fuerzas*. Así, el concepto

de "objetividad" cambia para Gramsci, respecto del marxismo ortodoxo, en dos aspectos principales:

1) No está asociado sólo a las "relaciones materiales" sino a todos los diferentes tipos de relaciones sociales y

2) Remite la definición de una situación a *las relaciones de fuerzas históricamente acontecidas y no a un pretendido desarrollo autónomo de las "fuerzas productivas"*.

Ambas originalidades tienen importantes consecuencias en su análisis de la política. Una de ellas, tal como ya fuera anunciado, se pone de manifiesto en lo que se refiere a su forma de evaluar las condiciones de toda "previsión política":

● . . . es absurdo pensar, afirma a su vez, en una previsión puramente "objetiva". Quien hace la previsión en realidad tiene un "programa" para hacer triunfar y la previsión es de hecho un elemento de tal triunfo. (. . .) Esto va contra el modo común de considerar la cuestión. Generalmente se piensa que todo acto de previsión supone la determinación de leyes de regularidad del tipo de la ciencia natural. Pero dado que estas leyes no existen en el sentido absoluto (o mecánico) que se les supone, no se tiene en cuenta la voluntad ajena y no se "prevé" su aplicación. Por lo tanto se construye sobre una hipótesis arbitraria y no sobre la realidad (Gramsci, *Q*, pp. 1810-11).

En una versión como la que venimos exponiendo, el pensamiento gramsciano cobra una evidente e indiscutible actualidad, al permitir abrir, en el interior del marxismo, tendencias interpretativas capaces de utilizar los modernos desarrollos de la teoría social en varias de sus facetas. Y sobre todo

en tanto hace factible superar definitivamente las cristalizaciones economicistas que la metáfora que venimos discutiendo contribuye a fortalecer.¹⁸ Sin embargo, en todo lo anteriormente escrito no proponemos decidir con precisión cual es la interpretación más fiel del pensamiento gramsciano. Es posible, entre otras conclusiones, que ninguna de ellas lo sea totalmente. Para aceptar esta posibilidad no hay más que recordar el carácter mismo de las notas de los *Cuadernos de la cárcel*, que no son sino rascos de un pensamiento en desarrollo. Un intento de superación de los límites de la tradición marxista; necesaria en las condiciones de la derrota del movimiento comunista, ya evidente en la década de los treinta. Pero un intento necesariamente provisorio dadas las condiciones en las que fue llevado a cabo. Es eso lo que confirma Gramsci al proclamar:

● Las notas contenidas en este cuaderno, como en los otros, han sido escritas al correr de la pluma, para consignar un rápido ayuda memoria. Todas deben ser revisadas y controladas minuciosamente, porque contienen inexactitudes, señalamientos falsos, anacronismos. Escritas sin tener presentes los libros que se citan, es posible que después del control, deban ser radicalmente corregidas dado que puede ser verídico justo lo inverso de lo que se ha escrito (Gramsci, *Q*, p. 1300).

¹⁸ Esa superación estaría apoyada por otros textos, cuyo comentario alargaría inadecuadamente este trabajo, pero en los que Gramsci sostiene que habría aspectos superestructurales en toda actividad económica y aspectos estructurales en toda actividad política o ideológica. Gramsci *Q*, p. 433, p. 1276. Textos en los que los significantes originales son hasta tal punto redefinidos que obligan a reconocer que mucho más fácil sería abandonarlos que forzar permanentemente su uso.

Esa precariedad confesada, ya de por sí hace comprensible la eventual contradicción que pudiese existir entre los supuestos teóricos de algunas de las notas, contradicción que será explotada de manera diferente por los diversos intérpretes; o la vaguedad de algunas de sus frases, que también permiten más de una interpretación. Y hay además otra razón. Que puede, profunda y legítimamente, invalidar la pregunta sobre cuál es la *verdadera* interpretación. Razón, por otra parte, que no tiene que ver con la coyuntura en la que Gramsci escribió ni con la textura de sus notas, sino con algo válido para cualquier texto.

En toda tarea hermenéutica, en efecto, es necesario tener en cuenta una doble heterogeneidad que hace ilusoria cualquier pretensión de verdad o fidelidad absolutas. Una de ellas es propia de cualquier tarea de elaboración teórica: nadie llega a saturar tan definitiva y exhaustivamente un "sistema" de pensamiento como para que no sea posible encontrar en él problemáticas diferentes sobre las cuales pueden partir interpretaciones divergentes. Y a esa diversidad se suman las específicas problemáticas desde las que se realizan las propias exégesis.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L., *Posiciones* (1964-1975), Ed. Grijalbo, México, 1976.
- Alvater, Elmar, "La crisis del 1929 e il dibattito marxista sulla crisi" en *Storia del marxismo*, Ed. Giulio Einaudi, Torino, 1981.
- Badaloni, Nicola, "Gramsci; la filosofia della prassi come previsione"; en *Storia del marxismo*, Ed. Giulio Einaudi, Torino, 1981.

Diversidad, entonces, *entre intérpretes y de cada uno de esos intérpretes en relación con el autor investigado*: por ambas razones, la tarea interpretativa será siempre una verdadera tarea de elaboración o de reelaboración y nunca de reedición. Tarea en la que el texto "interpretado" no estará por supuesto ausente. Pero en la que éste aparecerá, fundamentalmente, como un estímulo más o menos intenso o sugerente, que como una imagen a ser reflejada en el espejo del intérprete.

Al no haberse tomado esto en cuenta, se ha producido en general el doble efecto de:

1) Abusar del criterio de autoridad, haciendo pasar las propias ideas como si fueran del autor que, no necesariamente por la fuerza exclusiva de sus razones, aparece como "indiscutible"; y 2) en consecuencia, transformar abusivamente la polémica sobre las propias teorías en una polémica sobre lo que dijo o no dijo un tercero.

Habiendo aceptado dichos límites, este artículo apenas ha pretendido mostrar algunas de las interpretaciones posibles del pensamiento gramsciano en relación a la metáfora edilicia, enfatizando en aquella versión que tiende a superar sus limitaciones.

- Buci-Glucksmann, Christine, *Gramsci y el estado* (hacia una teoría materialista de la filosofía), Siglo XXI, México, 1979.
- Colletti, L., *Ideología y Sociedad*, Ed. Fontanella, Barcelona, 1975.
- De Giovanni, B., "Crisis orgánica y estado en Gramsci" en *Teoría marxista de la política*, Ed. Pasado y Presente, (Cuad. P. y P. No. 82), México, 1981.

- , “Lenin, Gramsci y las bases teóricas del pluralismo” en Marramao *et al.*, *Teoría marxista de la política*. Ed. Pasado y Presente, (Cuad. de P. y P. No. 89), México, 1981.
- Engels, Federico, “Cartas filosóficas de Friedrich Engels”, en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Ed. Pasado y Presente (Cuadernos de P. y P. No. 59), Argentina, 1975.
- Gramsci, A., *Quaderni del Carcere* (Ed. crítica dell’ Instituto Gramsci. A cura di Valentino Guarrana), Ed. Giulio Einaudi, Torino.
- Lichtheim, George, *El Marxismo. Un estudio histórico y crítico*, Ed. Anagrama, Barcelona.
- Marramao, Giacomo, *Il politico e le trasformazioni* (crítica del capitalismo e ideologie della crisi tra anni venti e annitrenta), Ed. De Donato Bari, 1979.
- Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, (Biblioteca del Pensamiento Socialista), México, 1980.
- Paggi, Leonardo, “Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas” en Adler, Max, *El socialismo y los intelectuales*, Siglo XXI, México, 1974.
- Pizzorno, A., L. Galindo, N. Bobbio y otros, *Gramsci y las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1977, (Col. de Cuadernos de P. y P. No. 19)
- Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Ed. Folio, México, 1981.
- Portelli, Hugues, *Gramsci y el bloque histórico*, Ed. Siglo XXI, México, 1977.
- Rossi, Mario, *La génesis del materialismo histórico*, Ed. Comunicación-Alberto Corazón, España, 1974.
- Saltalamacchia, Homero R., *Crítica del economicismo marxista: Tesis de Maestría*, UNAM, Fac. de Ciencias Políticas y Sociales, México, D.F., México, 1985.
- Telo, Mario, “Teoría e política del piano nel socialismo europeo tra Hilferding e Keynes” en *Storia de marxismo* (Il marxismo nell’eta della Terza Internazionale), Ed. Giulio Einaudi, Torino, 1981.
- Texier, J., *Gramsci, teórico de las superestructuras*, Ed. de Cultura Popular, México, 1977. 